

# El yacimiento arqueológico de El Junquillo, en Rosita del Vicario (Barranco de la Torre, Fuerteventura). Campaña de 1945

Por Sebastián JIMÉNEZ SÁNCHEZ  
Delegado Provincial de Excavaciones Arqueológicas

## *Algunos antecedentes sobre los nombres Rosita del Vicario, El Junquillo y La Torre*

Uno de los yacimientos de mayor importancia por la cantidad y calidad de material recogido, que hemos explorado y estudiado en la isla de Fuerteventura, es sin duda este que nos ocupa. Está ubicado en un extensísimo tablero de la lomada que bordea la margen derecha del Barranco de la Torre, a unos 5 km. escasos de su desembocadura. Todo él está dentro del término municipal del pueblo de Antigua. Se llega al yacimiento, desde este pueblo, por un malo y tortuoso camino habilitado para el paso de carretas, después de atravesar, en una longitud de unos 12 km., extensísimas llanuras calizo-arcillosas, completamente esteparias, y vallecillos con algún verdor, auténticos oasis que alegran al viajero.

El tablero de Rosita del Vicario, en El Junquillo de la Torre, que corresponde a la denominación del yacimiento, llámase así por ser un conjunto de *gavias* (suertes de tierras muy hermosas dispuestas en anfiteatro, separadas unas de otras por gruesos camellones de tierra) que la vecindad del pueblo de Antigua donó en el pasado siglo al vicario de su parroquia don Marcos Trujillo,

tío abuelo de sus actuales poseedores. Conociase también por El Junquillo, debido a criarse en este lugar unos matos parecidos a la retama, que llaman junquillo (*Juncus effusus* Lin.), propios de terrenos pantanosos, de tallos erectos y rollizos, empleados en la confección de esteras. En el propio Barranco de la Torre, colindante al yacimiento arqueológico, nacía también desde antiguo no sólo el junquillo, sino el auténtico junco, favorecido por el caudal de agua que discurría permanentemente por el cauce del expresado barranco. Aún es así, y tanto el junquillo como el junco crecen no solamente en el mentado barranco, sino en el Tablero de Rosita del Vicario, especialmente en los buenos tiempos de invierno. Destacamos estos hechos de geobotánica y geofísica por la influencia notable que ejercieron sobre los *prehispánicos fuerteventurosos* o *fuerteventurosos canarios majoreros* para establecer en dicha zona un importantísimo poblado montaraz y pastoril, que andando el tiempo había de ser objeto de duros ataques por parte de los conquistadores de la isla de Fuerteventura, llegando incluso a ser sustituido por éstos, hecho plenamente comprobado a través de las ruinas descubiertas y de los materiales recogidos en el yacimiento. Una y otra circunstancia hacen que, por primera vez en la arqueología canaria, hallemos mezclados construcciones y material de los aborígenes fuerteventurosos con construcciones y material de los invasores y conquistadores de la Isla, correspondientes al siglo XV.

En nuestra tarea de explorar y excavar toda esta rica e interesante zona, genéricamente llamada de La Torre, nos ayudó muy eficazmente, con entusiasmo y desprendimiento, nuestro particular amigo don Juan Medina Berriel, hacendado y único vecino del lugar de La Torre.

¿Por qué se llama este lugar La Torre? Ésta fue una de las primeras preguntas que al llegar hicimos al señor Medina Berriel, al igual que a viejos pastores que solían transitar por aquellos apartadísimos y dilatados parajes. Todos se encogían de hombros y daban la negativa por respuesta. Sólo decían que desde antiguo viene así llamándose. Esta pregunta ya la llevábamos en el cuestionario formulado. Hacía tiempo que nos preocupaba el porqué de este nombre. Curiosidad ésta que nos llevó a consultar la obra

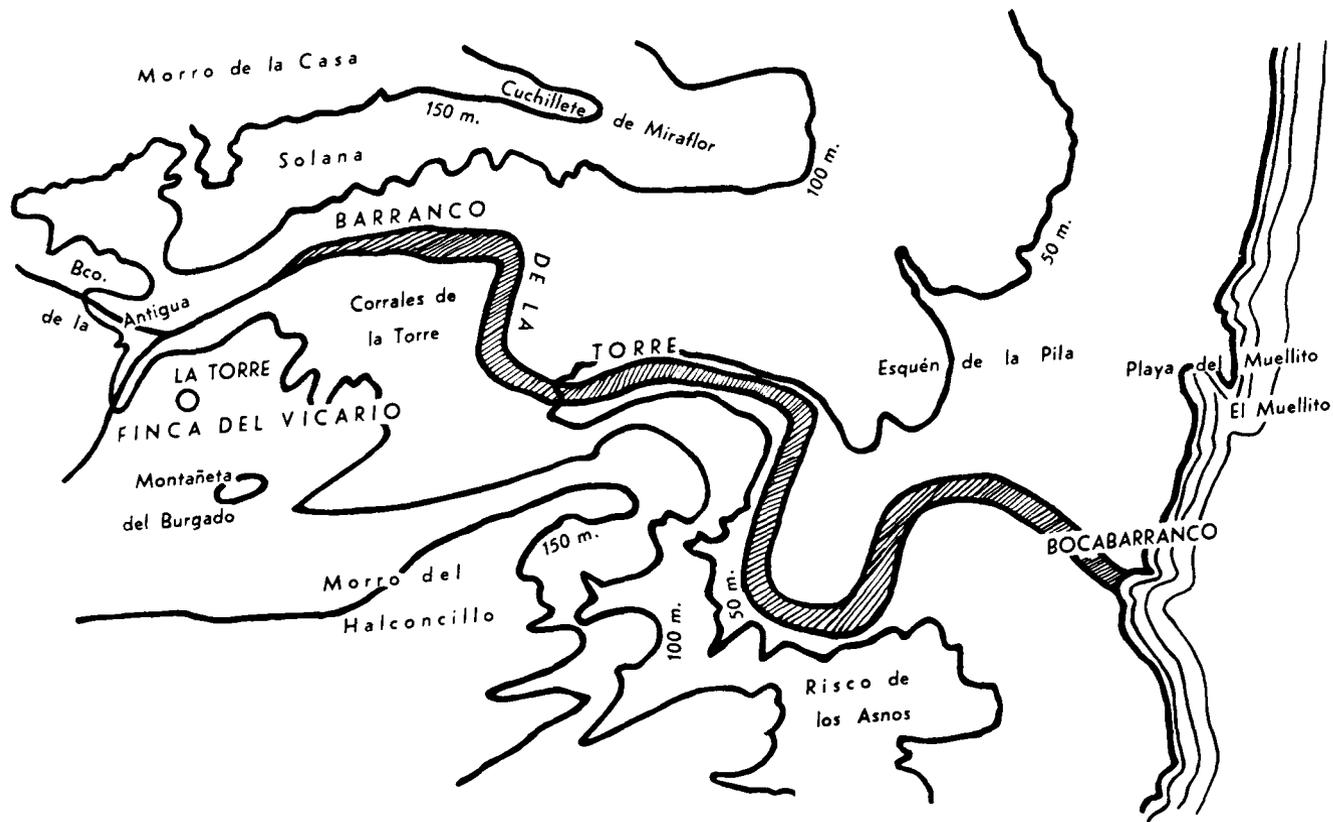


Figura 1.—Situación topográfica de la Finca o Rosita del Vicario en el Barranco de la Torre, cerca de la costa oriental de Fuerteventura, término municipal de Antigua

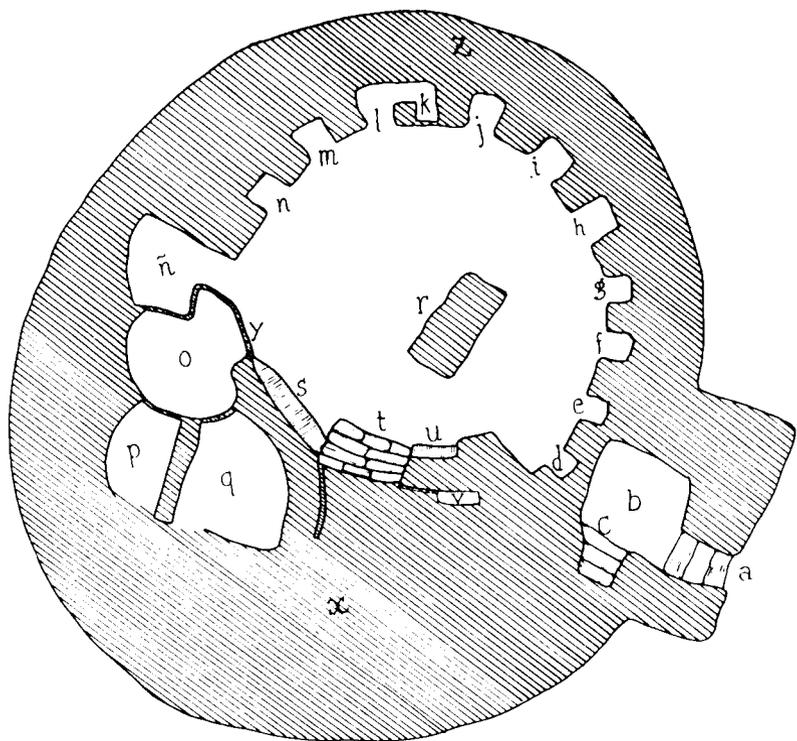


Fig. 2.—Plano de la Torre-Fortaleza del Barranco de la Torre, a raíz de su excavación por D. Sebastián Jiménez, en 1945. a, escalera; b, dependencia; c, escalera; d hasta n, nidos o puestos de arqueros o ballesteros (?); ñ, dependencias; r, murallón central para sostén del techo; s, asiento; t, escalera; u, asiento; v, pequeño foso; x, plazoleta; y, entrada a dependencia, tapiada; z, muralla exterior

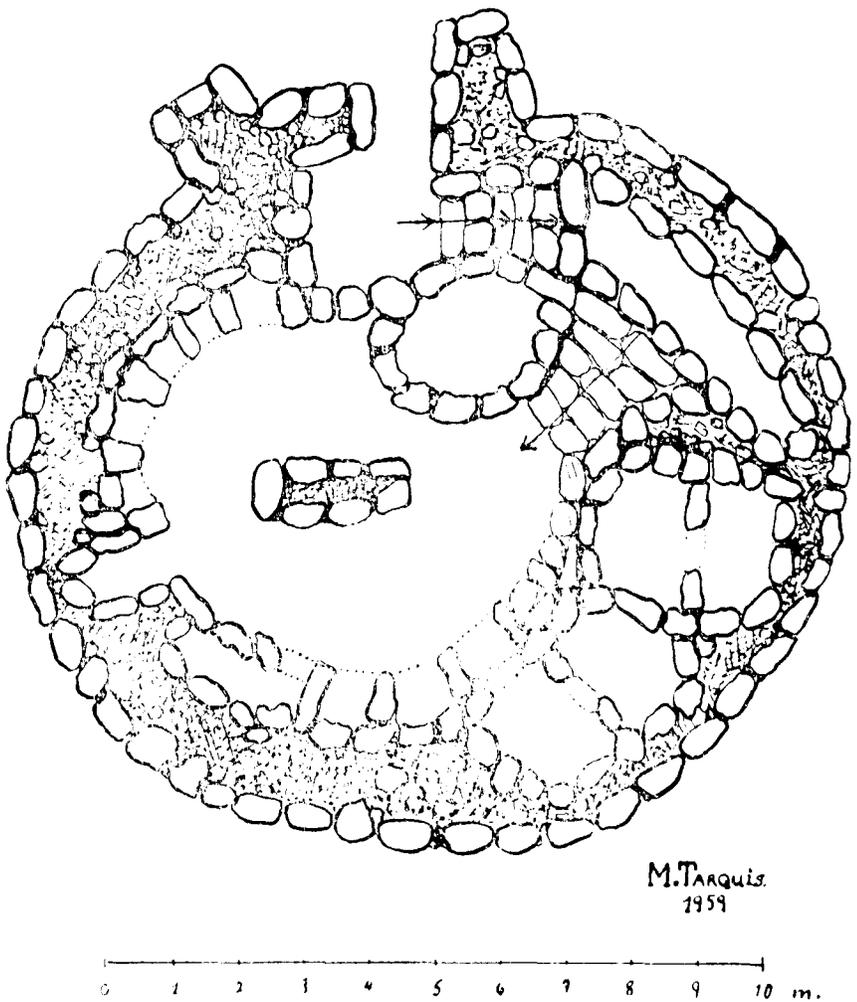


Fig. 3. Plano de los mismos restos de la Torre, tomado en 1959 por D. Miguel Tarquis, en ocasión de visitarla con D. Elías Serra

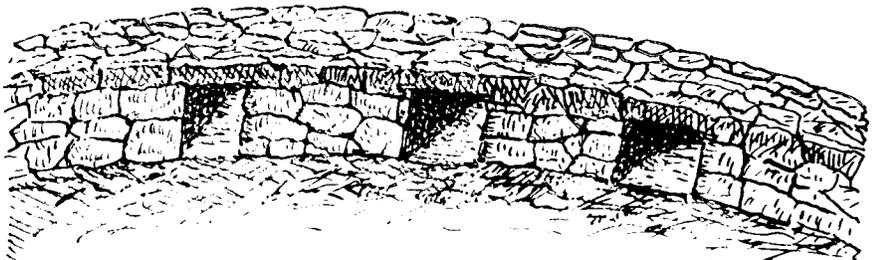


Fig. 4. —Dibujo de los huecos o nidos del interior del recinto, de pluma de D. Victorio Rodríguez



Fig. 5.—Restos de la Torre de la Finca del Vicario. A la derecha del recinto interior, uno de los nichos, con cubierta, y otros que perdieron sus lajas de techumbre



Fig. 6.—Escalerilla de descenso al interior del torreón desde la plataforma x. (Fotos de la Delegación Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Las Palmas, 1945)



Fig. 7.—Vista tomada casi del mismo punto que la n.º 5, en 1959, que muestra la rápida degradación de las ruinas excavadas: el nicho un día cubierto ya no lo está y el muro del primer término está en parte deshecho

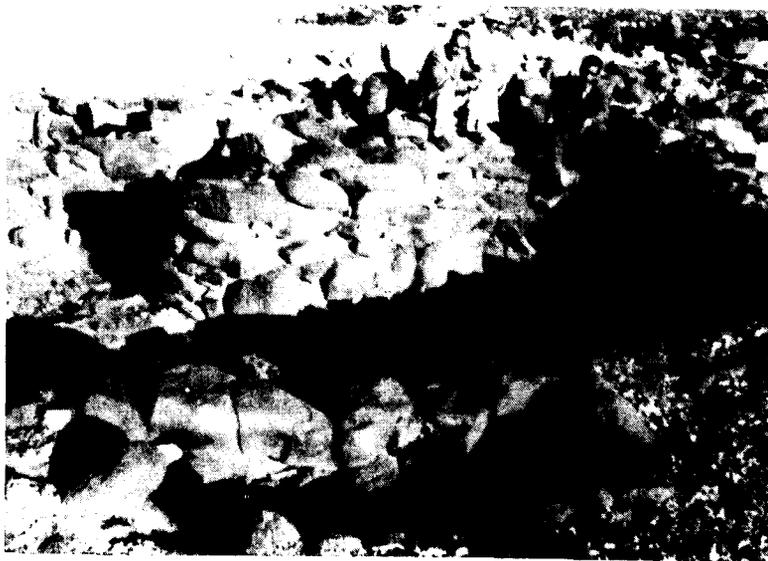


Fig. 8.—Vista del murallón central para sostén del techo, que se aprecia también en otras vistas (Fotos Tarquis, 1959 en la Delegación de Zona del Servicio de Excavaciones, en Canarias, Universidad de La Laguna)



Fig. 9.--Hacha y cuchillos de basalto, recogidos en la Torre, Fuerteventura  
(2/3 Fot. Deleg. de Las Palmas)

del ingeniero cremonés Leonardo Torriani, escrita en 1590,<sup>1</sup> sin que pudiéramos encontrar en ella ningún dato que colmase nuestro anhelo. Tan sólo vimos ya citado y señalado en el mapa correspondiente el Barranco de la Torre.

Próspero Casola o Cazorla, en su *Discurso sobre las fortificaciones en la isla de Fuerteventura, en Canarias*, escrita en 1595,<sup>2</sup> tampoco da luces sobre el particular. He aquí, pues, una incógnita que deseábamos despejar y en la que felizmente nos coronó Dios con el éxito.

### *El Junquillo, en Rosita del Vicario*

El enorme tablero de El Junquillo, en Rosita del Vicario, lo hallamos tanto en las *gavias* (parte dedicada a cultivo) como en las tierras de baldío, recubierto de gran cantidad de piedra de cal, caparazones de moluscos y planta llamada barrilla, especialmente en la zona baldía. Destaca igualmente la extraordinaria cantidad de trozos de cerámica aborigen dispersos por el suelo.

En nuestras primeras operaciones de reconocimiento nos sorprendió el apreciar un gran círculo totalmente cubierto de barrilla, la que a pesar de encontrarnos en plena estación estival conservaba un acusado verdor en sus hojas carnosas y vidriosas (de aquí el nombre de «yerba vidrio» con que también se suele llamar a esta planta). Esta circunstancia y el hecho de ver aflorar por distintas partes del círculo fuertes y abultadas piedras nos hizo efectuar varias catas, al principio infructuosas; pero al momento casi de dar por inútiles las operaciones de cata, nos surge una duda que nos lleva a realizar una nueva cata con resultado satisfactorio. Ella nos dio claramente el arranque y la clave del notabilísimo

<sup>1</sup> LEONARDO TORRIANI, *Descrittione et Historia del Regno de l'Isolle Canarie già dette le Fortunate con il parere delle loro fortificationi*, Bibl. de Coimbra; fotocopias en Bibl. del Museo Canario, Las Palmas de Gran Canaria. Wölfel, ed. con anotaciones, en Leipzig, 1940 [Hay traducción castellana por A. Ciorănescu, Santa Cruz de Tenerife, 1959.—N. DE LA RED].

<sup>2</sup> PRÓSPERO CASOLA, *Ob. cit.*, Archivo general de Simancas, Mar y Tierra, legajo 448.

yacimiento de El Junquillo, en Rosita del Vicario y, sobre todo, el porqué se le conoce por La Torre. Algunas de las catas rompían espesores de 10 a 15 c. de capa caliza, con lajas sueltas y abundante tierra arcillosa rojiza, que constituían un manto sobre una capa rocosa. Otras de las catas se hacían con facilidad por atravesar simplemente tierra arcillosa, producto de viejos arrastres de aluviones.

Primeramente aparecieron gruesos murallones, algunos de ellos arqueados, que al ir profundizando la excavación y quitando la tierra nos van perfilando toda una extraña construcción ciclópea que juzgamos de altísimo interés, toda vez que a medida que se llevaba a cabo la limpieza íbamos recogiendo abundantísimo material cerámico liso y con decoración incisa, numerosos trozos de madera carbonizada, patelas, pedazos de tapas de yeso, trozos de cerámica vidriada (peninsular y beréber), pedazos de hierro muy oxidado correspondiente a armas, una moneda y fragmento de otra, un platito metálico, herrajes de caballerías, etc.

Totalmente al descubierto esta construcción, vimos que se trataba de una *torre-fortaleza* de estructura circular, monumento excepcional, único y muy valorativo en la arqueología prehistórica canaria. En ella se da la circunstancia de hallar, por primera vez, entremezclados, vestigios culturológicos de los aborígenes prehispanicos fuerteventureños canarios y de los propios invasores y conquistadores de la isla de Fuerteventura: de ahí que su importancia arqueológica sea insospechada.

Las catas realizadas nos dicen que esta construcción ciclópea fue hecha sobre una costra de piedra de cal, la que a su vez cubre algunas pequeñas concavidades en las que hemos encontrado cenizas, huesecillos y caparzones de lapas, todo en abundancia.

Esta torre-fortaleza, dado el material y vestigios constructivos que la rodean, parécenos haber sido levantada con el propio material pétreo del poblado aborigen diezmado por los conquistadores.

Creemos que éstos siguieron utilizando algunas de las moradas de los isleños conjuntamente con los que hicieron prisioneros. Ello explica y justifica el encuentro de material de hogar de unos y otros; torre-fortaleza que al arruinarse, bien por un contraasalto de los isleños aborígenes o por abandono de los conquistadores,

al adentrarse cauce arriba del propio barranco, hacia lo que hoy es Betancuria y Antigua, zonas más fértiles, y en las que situaron sus reales los forasteros, fue desapareciendo y soterrándose al correr de los tiempos por los arrastres de los fuertes y copiosos aluviones. Esto parece natural, dada la gran cantidad de tierra con algunas lajas que sacamos del interior de la construcción.

El diámetro de la circunferencia exterior de esta torre-fortaleza es de 12 m., en tanto que el del recinto interior, donde tienen desarrollo las dependencias, es de 5 o 6 m. La distribución interior puede apreciarse perfectamente en la lámina correspondiente, cuyo pie reseña sus dependencias. Esta torre es de planta circular un tanto defectuosa e irregular, posiblemente achatada, a juzgar por las medidas tomadas y por la parte que hallamos bajo el nivel de la superficie actual, forma ésta que parece responder a una estrategia eficiente que disimula el emplazamiento, a la vez que domina un dilatado campo de acción hacia la costa y hacia el centro de la Isla, entre montañas que limitan las extensas altiplanicies que bordean el cauce del barranco.

En el interior de esta edificación militar, que, como dejamos dicho, es obra de conquistadores, sobre las ruinas del diezmado caserío ciclópeo aborigen de El Junquillo, destaca una dependencia o cuerpo de guardia con puerta al norte, de cuyo interior arranca una escalera con tres peldaños de piedra labrada que va a dar a una plazoleta, *X*, la que da acceso a la puerta de entrada al interior del reducto; de ésta se inicia la escalera que va al interior, compuesta de cuatro peldaños de piedras labradas. Formando parte del muro circular interior, descubrimos doce huecos, nidos o depósitos de material bélico, sobre los cuales se alzaban otras tantas mirillas, dando al poniente, en disposición de abanico, para puestos de arqueros y ballesteros. En la parte central del torreón hallamos un grueso murete de 1 m. de alto por 2,10 m. de longitud y 90 c. de espesor, constituido por cuatro filas de piedras largas, murete que actuó de soporte de la techumbre. El largo del último peldaño que da al interior del recinto es de 1,25 m. A ambos lados hay dos asientos en alto, de 1,10 y 0,80 m. de longitud, con una altura de 55 c. Los nidos o huecos *d, e, f, g, h, i, j, m, n* que aparecen así señalados en la lámina correspondiente

ofrecen dimensiones que oscilan entre 40, 55, 68 y 70 c. de ancho en su abertura por 40, 45, 60, 70 y 90 c. de penetración en el espesor de la pared, con un alto de 60 a 80 c. Las dependencias *l* y *k* son un poco más amplias y se comunican interiormente, aunque la *k* posiblemente se comunicara directamente con el recinto del torreón por la pieza pétreo que taponaba su puerta, salvo la *v*, que hace de pequeño foso.

La altura media de la pared exterior excavada de este torreón es de 1 m., siendo variable el espesor de la misma a medida que se ensancha por el sur y naciente para dar origen a una pequeña plazoleta: 1,60, 2 y 5 m.

Una de las características de esta especial construcción es la de tener fuertes y alargadas piedras formando esquinas, algunas de ellas de más de un metro de largo, como acontece con las esquinas exteriores que forman la dependencia *b*. Varios de los grabados recogen distintos aspectos de esta interesantísima torre-fortaleza.

*Material recogido en el interior de la torre-fortaleza y en la excavación exterior, junto a los muros del reducto*

Vasija ovoide con alto de cuello de 6 c. En el inicio del cuello surge una franja de 2 c. en realce para dar origen en su parte superior y junto a ella a un sencillo decorado inciso de la forma y tamaño de un grano de trigo, y en la parte inferior arrancan los clásicos canalones, que se prolongan hasta muy cerca de la base, que es tronconiforme. Color canelo oscuro quemado. Es pieza elegante. La altura total de la vasija es de 24 c., ancho de la boca 18 c., ancho del vientre 24 c.

Disco de yeso, de 36 c. de diámetro, utilizado para tapar las grandes vasijas ovales. Presenta huella circular de 26 c. de diámetro, que corresponde a la boca de la vasija a la que estuvo destinada.

Trozos de obsidiana color rojizo y de ópalo, pequeñas lascas-cuchillos.

Cuchillo pétreo de fina hoja de 5 c. de longitud.

Ánfora oval de 35 c. de alto, color oscuro, boca circular con diámetro de 28 c. Carece de decoración.

Talla ovoide terminada en su base en punta. Alto 35 c.; color canelo oscuro; boca ancha y circular, de 25 c. de diámetro. Rodean el borde de la boca tres canalones circulares y concéntricos, iniciándose del último de ellos canaloncitos verticales y un tanto paralelos, en forma de flecos de 6 y 7 c. de largo por 2 y 3 mm. de ancho.

Vaso oval terminado en base redonda. Color canelo oscuro. De 24 c. de alto por 23 c. de diámetro en la boca. Carece de cuello. Paredes no muy gruesas. Buena confección alfarera. Próximos a la boca y redeándola, tiene tres canalones bastante imperfectos y sinuosos, que prueban no fueron hechos con peines o moldes y sí a pulso, uno a uno, con algún punzón de hueso o de madera, y tal vez con los propios canutillos secos del junco o junquillo. Esta vasija la hallamos cubierta con una laja, la que a su vez apareció recubierta de una capa de yeso que ajustaba perfectamente a la vasija. Dentro de ella encontramos una masa viscosa de manteca fosilizada.

Fragmentos de otras vasijas similares, algunos de ellos de color negro y confección tosca, con incisiones profundas, ya horizontales como verticales, y con decoración de puntos en raya (técnica de Boquique).

Trozo de bernegal o vasija de grandes proporciones, panzuda, de base plana y boca relativamente estrecha y sin cuello. De éste salen dos canalones inclinados, equidistantes el uno del otro 1 c., que forman sencilla decoración angular alrededor de la boca. Color canelo clazo.

Trozos varios de vasijas ovales con fondos picudos.

Fragmentos de medias ollas sin decoración, boca ancha y escaso cuello del que se inicia un saliente para dar lugar a la pared esférica de aquéllas. Color negruzco. Alto posible de las mismas, 14 centímetros.

Pedazos de pequeñas ollas y cazuelas sin decoración. Boca ancha y circular de 14 c. de diámetros y altos de 14 y 15 c. Color canelo claro. Confección esmerada. Espesor de paredes 6 mm. y 1 centímetro.

Media cazuela con asa un tanto trapezoidal a ambos lados, pero sin taladro, sólo para agarrar. Alto posible 15 c. Boca ancha de 15 c. de diámetro. Color canelo claro. Carece de decoración. Espesor de paredes 9 mm. y 1 c.

Múltiples trozos cerámicos con decoración canular, punteado inciso en línea, espiguillas o de espina de pescado, granular, etc., correspondientes a ollas, *tojios* o *toftios*, *tabajostes*, etc. (ánforas para el ordeño).

Asa de 7 c. de largo, arqueada y perforada en su centro, no sólo para agarrar sino para colgar, correspondiente a cazuela esférica de dos asas. Color terroso.

Fragmento de taza de base plana y circular, con diámetro de 4,5 c.; alto 7 c. Color canelo claro.

Múltiples trozos de vasijas con simple decoración incisa acanalada vertical, rodeando al cuello, a manera de flecos.

Id. con 4 canalones horizontales por debajo del cuello y al iniciar el vientre, interceptados a los 7 y 8 c. de largo por 6 o 3 canalones verticales (entre éstos los hay de fina construcción y otros toscos canalones o fajas con separación irregular, aminorándose la incisión en su terminación).

Taza de base plana. Diámetro del borde, 9,5 c. Alto, 5 c. Color siena. Material no muy selecto.

Un tapón de yeso correspondiente a tinajón, de boca de 6,5 c. de diámetro.

Trozos de cerámica vidriada peninsular y beréber, con esmalte en azul oscuro, verde, amarillo y achocolatado.

3 trocitos de cerámica no indígena, de esmerada confección, color canelo con fino pulimento exterior y motivos decorativos delicados y semejantes a los de la cerámica indígena fuertevenetureña. Este detalle hace pensar que los invasores trataron de imitar la temática ornamental aborigen.

3 tapas de molinos, labradas en traquita alveolar.

3 bruñidores circulares y ovaloides, algunos de ellos con superficies extremadamente pulimentadas por el mucho uso.

52 cuchillos pétreos de tamaño variable y de finas hojas, producto de deslascamiento natural, obtenidos directamente de los diques o farallones basálticos.

2 hachas.

3 trozos de sílex.

8 raspadores.

1 piedra rectangular aplanada.

1 tava finísima, de 6 c. de longitud por 1 c. de ancho. El filo de su hoja es muy cortante.

1 pulidor.

1 conus de 14 c. de largo, perforado en su base y con dos orificios o taladros en un lado, que acusan haber tenido especial destino, tal vez litúrgico o mágico, y que posiblemente colgaban de la vivienda o del cuello.

2 caracoles de 13 c. de largo, uno de ellos con un taladro.

2 cypreas de 7 c. de largo, la una con un taladro y la otra con dos.

Base de conus, de cuya concha obtenían las plaquitas de collares.

Abundantes patelas de ancho caparazón y canalones muy pronunciados, en tanto que otras son profundas y de fondo piramidal.

Plaquita de hueso o de concha de conus, perforada en su centro; es de forma rectangular y corresponde a collar. Dimensiones: 3 c. por 1,8 c.

Trozos de huesos de cabra y cuernos de cabras, carbonizados.

Pedazos de madera carbonizada y cenizas abundantes.

### *Material metálico*

Platito circular de cobre, de 7 c. de diámetro; borde arqueado o festón lobular y base plana. Aparece materialmente cubierto de verdín y deslascándose por la acción del tiempo. En algunas partes muestra un fino color de oro.

Punta de estoque.

Punta de sable.

Punta de pica.

Punta de puñal.

Empuñadura de sable y de puñal resquebrajada por la acción del tiempo.

Clavos de hierro, muy corroídos.

2 hebillas metálicas.

2 sujetadores también de metal.

1 pinza del mismo material.

Cabeza de botón metálico.

Trocitos de hierro muy erosionados.

Pedazos de clavos de hierro.

Clavos de herraduras y trozos de herraduras.

1 monedita de 2 c. de diámetro. Aparece totalmente cubierta de verdín y muy gastada.

Fragmento de otra monedita.

(*Véanse láminas*).

La moneda que acabamos de citar es de cobre, de tamaño un poco mayor a la actual moneda de cinco céntimos, de tirada de 1940.

Sometida a un detenido estudio, hemos podido destacar en el anverso, a pesar de estar tan corroída por el tiempo, dentro de seis arcos enlazados, un castillo con tres torres, orlado con una leyenda en carácter gótico no legible. El reverso es de apreciación más dudosa, si bien se ve en ella el clásico *león* de Castilla, un poco desfigurado por un especial troquel que sobre él colocaron. Este león aparece igualmente dentro de los seis arcos o lóbulos enlazados. Este mismo reverso, que como ya decimos tiene un troquel cuadrado superpuesto sobre la figura del *león* de Castilla, ofrece dentro del cuadro un pequeño león que corresponde a otro tipo de moneda. Es, pues, una curiosidad numimástica en la técnica de batir moneda.

Los dibujos de la lámina correspondiente reproducen el anverso y reverso de esta moneda. Concuerdan con monedas castellanas correspondientes a Enrique III el Doliente, rey de Castilla, catalogadas en colecciones numimásticas. Es por lo tanto un moneda de fines del siglo XIV o del primer lustro del XV, época esta última en la que el franconormando Juan de Béthencourt, al servicio del rey castellano, vino a las Islas Canarias y desembarcó en la isla de Fuerteventura, la conquistó, después de varias incursiones, y quedó luego como Señor de ella.

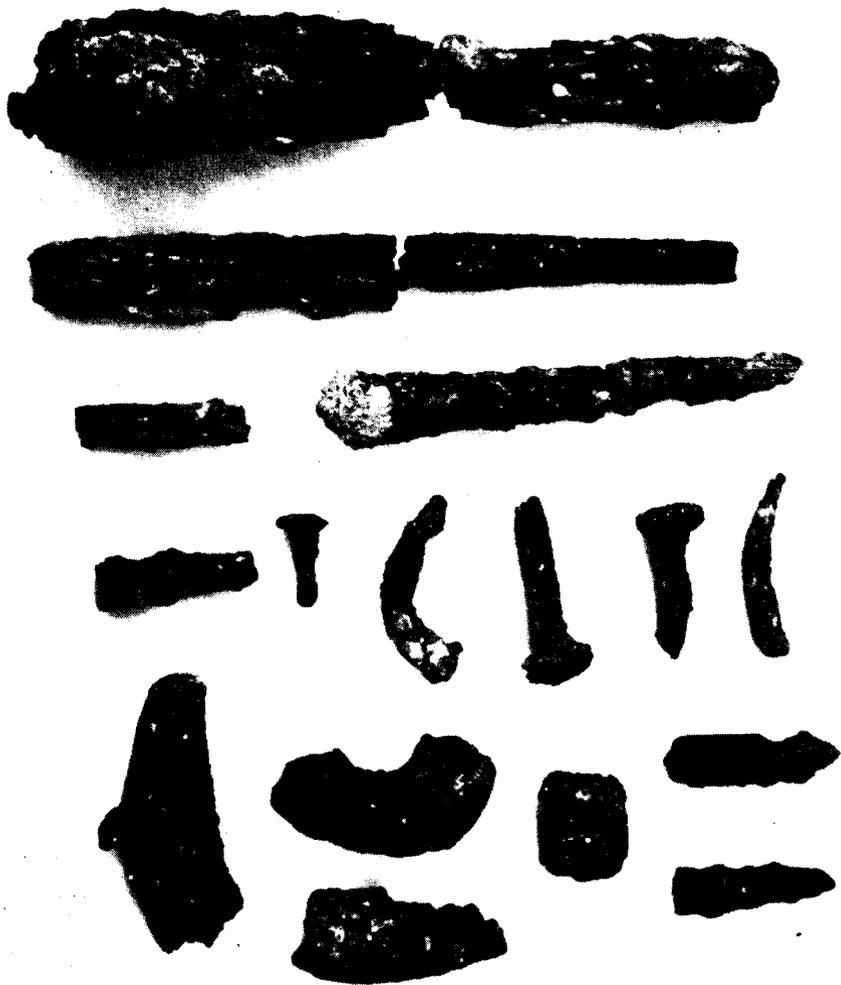


Fig. 10. -Puntas de estoque, sable, pica y puñal, con sus correspondientes empuñaduras resquebrajadas por la oxidación; clavos y trozos de herraduras, recogidas en la Torre del Barranco del mismo nombre, Fuerteventura (2/3, Fot. Deleg. de Las Palmas)

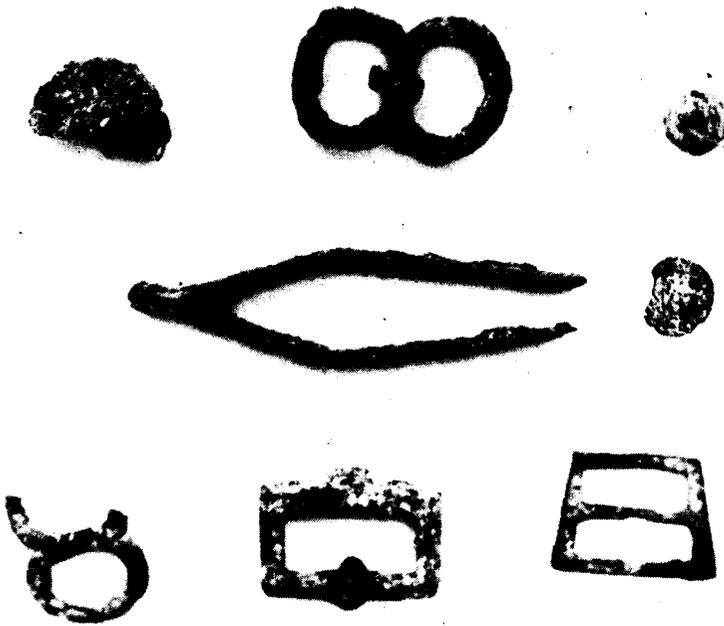


Fig. 11.- Hebillas, pinzas y botones de metal; Moneda de cobre (centro derecha del grabado), La Torre, Fuerteventura. 2/3, salvo la moneda, que está más reducida y de la que no hemos podido dar el dibujo ofrecido en la pág. 28 (Fots. Deleg. de Las Palmas)

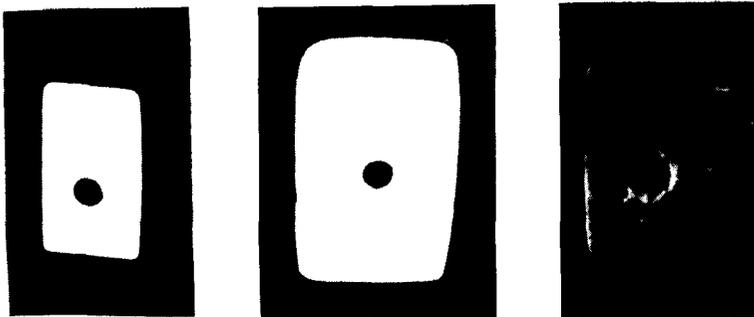


Fig 12.—Placas de concha o de hueso perforadas de 2 a 3 cm. de largo. A dos de ellas se refiere el texto, págs. 27 y 30. (Fots. Deleg. de Las Palmas)

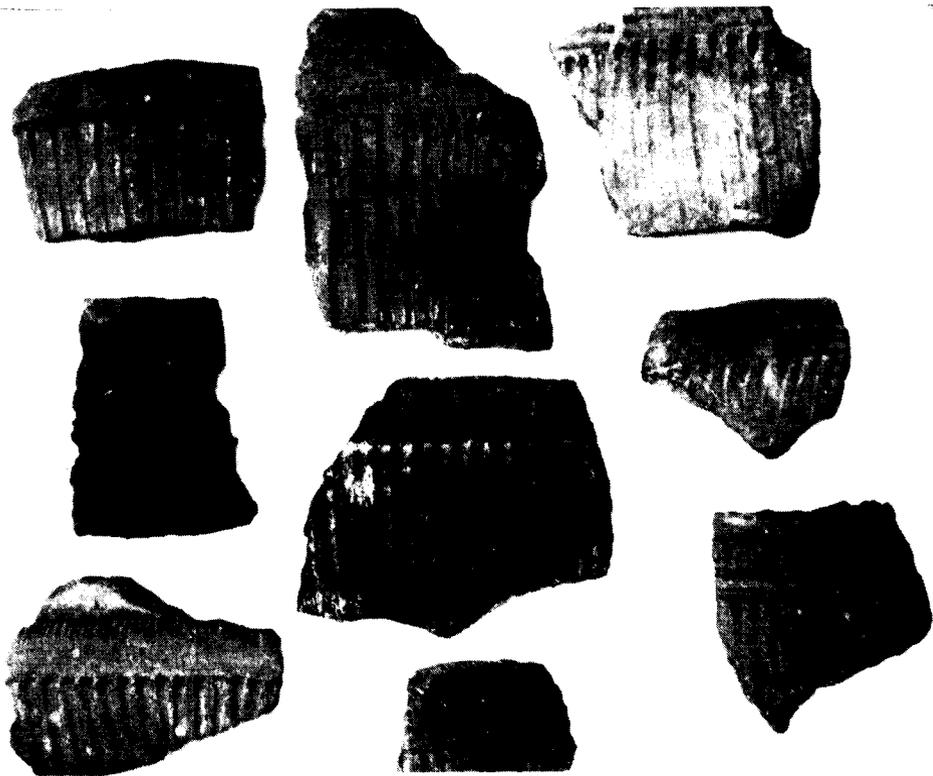


Fig. 13.--Cerámica decorada, típica de Fuerteventura. La Torre 23  
(Fot. Delg. de Las Palmas)





Figs. 15 y 16.—Vasijas de varias formas halladas en la Torre del Barranco de ídem, Fuerteventura (Fots. de la Deleg. de Las Palmas)



Fig. 17.--Dos bruñidores de piedra y trozos cerámicos con decoración incisa, de la Torre, Fuerteventura (Fot. Deleg. de Las Palmas)

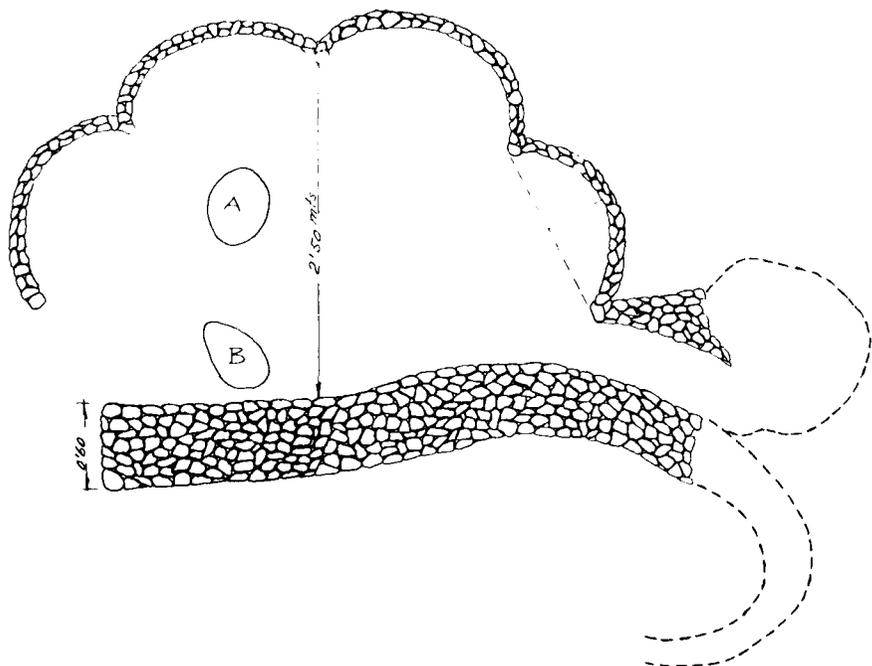


Fig. 18.—Rosa del Vicario, Barranco de la Torre, Fuerteventura. Planta de construcción ciclópea (v. pág. 30). A, hoyo lleno de ceniza y carbón; B, montón de lajas, entre ellas una usada para moler almagre

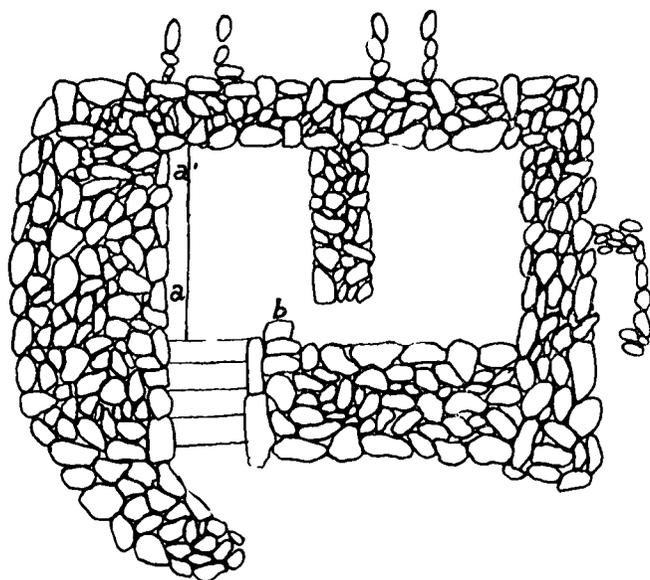


Fig. 19.—Planta de casa en Rosita del Vicario. a-a', asiento lateral; b, piedra asiento. Escala aproximada 1/100. Dibujos de la Delg. de Las Palmas

Preciso es el consignar que el dicho conquistador fue autorizado por el rey de Castilla para acuñar moneda.

Sentimos mucho que por efecto de tratar de limpiar dicha moneda, ésta se resquebrajara, antes de fotografiarla. El dibujo que de ella ofrecemos fue confeccionado antes de proceder a la citada limpieza. Aparece fotografiada juntamente con el resto del material metálico.

El descubrimiento de esta torre-fortaleza que hemos llevado a cabo ha venido a dar la clave del porqué el barranco objeto de este estudio se ha llamado desde antiquísimos tiempos (ya en 1590 así se le llamaba) «Barranco de la Torre», sin que nadie supiera explicárselo. Tan sensacional descubrimiento que nos hemos honrado poner a salvo en esta campaña oficial, en unión de mi ayudante don Juan Medina Berriel, lo consideramos único en la arqueología canaria, incorporándolo al acervo arqueológico del Archipiélago Afortunado. Él ha constituido el centro de los comentarios de los estudiosos, por ser la primera vez que en Canarias aparecen mezclados restos auténticos de dos culturas, la del pueblo invasor y la del pueblo invadido, es decir, de conquistadores y conquistados, y, en el caso que nos ocupa, restos metálicos, cuya presencia por vez primera registramos alborozadamente en los estudios arqueológicos canarios.

Al poniente y a unos 4 m. de la mentada torre-fortaleza nos llamaron la atención unas fuertes piedras que afloraban en el terreno. Hecha la excavación, pusimos al descubierto un recinto rectangular de 3,70 m. de largo por 1,30 m. de ancho. En el centro del mismo hallamos unas ligeras piedras. El límite o cerca de este recinto apareció constituido por grandes piedras dispuestas verticalmente, algunas de ellas de 35 y 40 c. de alto. Tal como se presentó este sencillo monumento creímos se trataba de un sepulcro. Hecha la excavación, no logramos encontrar vestigios óseos. Solamente tierra y ligera capa de caliza en el fondo, y unos pedacitos metálicos.

### *Taller alfarero*

Por el costado del naciente del torreón y a unos 15 m. del mismo descubrimos otra extraña construcción formada por cuatro segmentos pétreos, de paredes sencillas y de poco alto, sostenidas por detrás por tierra. Estas cuatro curvas tan simétricas y equidistantes miden de cuerda 1,20 m., y desde la mitad de las mismas a la mitad del arco, 60 c. El arco del lado derecho del observador se prolonga para dar origen a una dependencia casi redonda que a su vez enlaza con un murete de 60 c. de ancho y también de poco alto, situado frente a dichos semicírculos y a una distancia de 2,50 m. de los mismos (Véase lámina). Entre este murete, de escasa altura y dos círculos, se descubrió un hoyo, *A*, casi circular, que hallamos lleno de ceniza y trozos de carbón, y en el lugar señalado con la letra *B*, de la propia lámina, varias lajas, entre las que encontramos una completamente lisa, de estructura un poco irregular, de 44 c. de largo por 37 c. de ancho. Su cara superior aparece aún lustrosa y muy pulida e impregnada por el mucho uso de abundantísimas huellas de piedra bermeja o almagre, utilizada para la confección alfarera. Junto a ella apareció una piedra circular de 1 decímetro de diámetro, piedra trituradora, con una de sus caras completamente plana, lisa y lustrosa por su continuo uso, a la par que con huellas de almagre. El fino polvillo rojo lo encontramos incrustado y casi formando una ligera capa, a igual que en la ya citada cara superior de la piedra plana.

En el interior de estas construcciones arqueadas hallamos el siguiente material:

Trozos cerámicos numerosos con decoración incisa.

1 bruñidor.

1 plaquita de concha de conus o hueso, en forma rectangular, de 2 c. por 1 c.; tiene en su centro una perforación. Corresponde a un collar.

Fragmento de un mortero.

Hacha triangular.

Hacha-machete de 29 c. de longitud por 11 c. de ancho en sus hojas cortantes; talla biselada y de fino corte en su hoja.

Parte superior de un molino pétreo, de 22 c. de diámetro.

Cuenco semiesférico en forma de cascote, de 16 c. de diámetro por 9 c. de alto. Color canelo oscuro, un tanto negruzco y requemado. Presenta abundantes huellas de humo. Cerca del borde ofrece dos canalones estrechos incisos, de tosca confección, separados el uno del otro por espacio de 2 c. El fondo del cascote aparece cruzado por dos canaloncitos que subiendo por las paredes laterales van a morir en el segundo y último canalón que rodea el borde. Es pieza interesante y no vista.

Tapa de yeso.

Patelas.

A 4 metros escasos de estas construcciones arqueadas encontramos otras construcciones similares, pero más arruinadas. El material recogido y la estructura de estas construcciones nos reafirman en el criterio de que se trata de típicas construcciones alfareras.

### *Poblado prehispánico de Rosita del Vicario*

Al suroeste y a 90 m. del torreón fortaleza hallamos vestigios de antiguas viviendas aborígenes, todas ellas formando grupos; algunas sólo acusan las plantas de sus edificaciones. Entre todas destaca una construcción entre circular y cuadrada al exterior, con dos dependencias interiores comunicadas entre sí. Sus actuales paredes tienen alturas de 90 c. Se penetra en la primera de estas dependencias por un hueco de puerta de 75 c., del que arrancan los cuatro peldaños. Junto a la puerta, pero dentro de la habitación, encontramos un asiento (*b*) de  $30 \times 30$  c., y en el costado izquierdo interior y a lo largo del mismo un asiento (*a* y *á*) de 30 c. de alto por 53 c. de ancho. Las dimensiones de esta dependencia son 2,90 m. de largo por 1,70 m. de ancho. El espesor de la pared que separa las dos habitaciones es de 75 c. El segundo hogar presenta las siguientes dimensiones: 2,60 m. de largo por 2,20 m. de ancho. En el costado del naciente localizamos una pequeña muralla de 60 c. de alto, que en forma de martillo se adosa a la pared de la vivienda para dar lugar a un modesto fogón, a juzgar

por las abundantes cenizas allí encontradas, moluscos, huesos de cabras, etc. Dos construcciones parecidas descubrimos igualmente a la espalda de la vivienda, pero adosadas a las mismas. En éstas recogimos el mismo material, y dentro de media vasija múltiples granos ovaloides, del tamaño de un garbanzo, carbonizados por el tiempo, y cáscaras de los mismos. Analizadas estas semillas o bayas no nos ha sido posible precisar con exactitud, a pesar de haber recurrido a técnicos en la materia, de qué clase de semilla se trata. Presumimos sea una semilla oleaginosa empleada por los aborígenes para obtener grasas, o semillas de pequeños arbustos. Posiblemente puede que sean semillas de acebuches, de por sí duras, que al carbonizarse por el tiempo se han reducido y tomado la forma oval.

Los espesores de las murallas de estas viviendas oscilan entre 50, 70 y 85 c. La entrada se hace por una rampa. El piso de las mismas, que está a 40 c. del último peldaño, parece haber sido de lajas, a juzgar por el material que aún conserva.

En el interior de estos hogares recogimos trocitos cerámicos con y sin decoración incisa.

En los derrumbaderos colindantes encontramos no sólo extraordinaria cantidad de patelas, muchas de ellas rodadas y fraccionadas, sino trozos de loza aborígen mezclada con pedazos erosionados y antiguos, correspondientes a loza hispánica vidriada, como tinajones, «bijos» o lebrillos.

Todo el enorme tablero de Rosita del Vicario alcanza una longitud, hacia el mar, de unos 6 km., con un ancho no inferior a 4 km. Gran parte de sus tierras forman en la actualidad conjuntos de *gavias*, separados por largos murallones levantados con piedras de las propias casas del gran poblado ciclópeo de esta zona. De ahí que pocas viviendas primitivas fuerteventureñas queden no ya en pie sino en ruina, a excepción de las que hemos descrito, y ello a pesar de estar ubicado el caserío aborígen en lugar totalmente alejado de actuales viviendas.

Toda la zona en que hemos descubierto la torre-fortaleza, las construcciones arqueadas y las viviendas aparece cubierta de una densa capa de caparazones de moluscos que la cámara fotográfica recoge como discos y puntos blanquecinos. En algunas

partes es tan importante el conchero, que alcanza espesor de 20 c. Haciendo catas encontramos este mismo material conchero mezclado con abundantísimos trozos cerámicos, a profundidades de 33 y 50 c.

### *Tagoros*

Esta misma altiplanicie en dirección al mar nos fue presentando ruinas de antiguas viviendas de los prehispánicos fuerteventurosos canarios, muy deformadas por pastores; no obstante quedan algunas «gambuesas» de los aborígenes, utilizadas para encerrar el ganado. En este mismo tablero, a unos 2 km. de la torre fortaleza descubierta, hallamos seis grandes ovoides petreos de  $10 \times 16$  metros,  $15 \times 20$  m.,  $19 \times 15$  m. y  $21 \times 14$  m. de diámetro. Las piedras que forman el ovoide son extraordinariamente grandes y no constituyen pared, por lo que están sueltas generalmente. Parecen haber tenido no sólo la finalidad de limitar el espacio, acotándolo, sino el de servir de asientos, motivo por el que muchas de ellas presentan en su cara superior planos más o menos aplanados. Estas enormes piedras no son propias del tablero, sino llevadas expresamente allí al fin indicado, desde el barranco colindante. El destino de estos ovoides o *tagoros* no parece haber sido otro que el de servir de punto de reunión, ya para asamblea cantonal, ya para juego de los moradores del gran poblado montaraz y pastoril de Rosita del Vicario. Estos ovoides aparecen separados unos de otros por distancias de 100 y 290 m.

En la margen izquierda del propio Barranco de la Torre, dando frente al yacimiento de Rosita del Vicario, descubrimos un círculo de 24 m. de diámetro, limitado por piedras abultadas. Presenta piso empedrado, como si se tratara de una era. Esta construcción nos llamó la atención y, habiendo preguntado a viejos pastores por su antigüedad y destino, nos manifestaron haberla visto siempre, teniéndolas por «cosas de canarios», toda vez que aquella zona no ha sido cultivada nunca. Este círculo, al igual que los anteriormente anotados, son los clásicos *tagoros* en los que los *altahas* (Bontier), *altahays* (Abréu Galindo) *altihás* (Torriani),

consejeros reales cantonales, administraban justicia o dirimían las contiendas entre los aborígenes, o sirvieron de recinto para desarrollar sus juegos.

**Nota editorial.** Esta Memoria de una interesante excavación y exploración en Fuerteventura, realizada en 1945, fue preparada para ser incluida en una publicación de la Comisaría Nacional de Excavaciones Arqueológicas, comprensiva de los trabajos llevados a cabo en la provincia de Las Palmas, de 1945 a 1948. Por cualquier causa esta publicación no tuvo lugar, y el original permaneció inédito, hasta que ahora su autor, Sr. Jiménez Sánchez, nos lo ha cedido para ver la luz en esta revista. Desde luego, hallazgo tan interesante no quedó desconocido todos estos años. Según su loable costumbre, el Sr. Jiménez Sánchez lo había dado a conocer sumariamente en la prensa diaria («Falange» de Las Palmas, 14 de septiembre de 1945), y de este artículo periodístico y otras noticias particulares facilitadas por su autor sacó el Dr. E. Serra la información que sobre el tema dio en su trabajo *Castillos betancurianos de Fuerteventura*, en esta revista, 1952, páginas 509 y sgs., concretamente 522-526.

Lamentablemente, las láminas preparadas para la proyectada edición de 1949 se han perdido en tan largo tiempo, y ha sido preciso repetir las fotografías sobre los objetos; así su correspondencia con las llamadas del texto quedaba alterada, por lo que hemos tenido que suprimir dichas llamadas, suplidas con los pies de las mismas láminas. El plano de la torre lo publicamos en doble versión: el que levantó Jiménez en 1945, a raíz de la excavación (ya impreso en esta revista en 1952, pág. 524), y el que dimos, también aquí, en 1960, pág. 343, producto de una visita de los Sres. Serra y Tarquis en noviembre de 1959. Representan dos interpretaciones gráficas de los mismos restos, descubiertos por don Sebastián Jiménez.